

CAPÍTULO II

La tarde de ayer fue fría y brumosa. Al principio dudé entre pasarla en casa, junto al fuego, o dirigirme a través de los páramos y sobre los barrizales a Cumbres Borrascosas.

Pero después de comer (advirtiéndole que como de una a dos, ya que el ama de llaves que adopté al alquilar la casa como si se tratara de una de sus dependencias, no comprende, o no quiere comprender, que deseo comer a las cinco), subiendo a mi cuarto, hallé en él a una criada arrodillada ante la chimenea y luchando para apagar las llamas con nubes de ceniza con las que levantaba una polvareda infernal. Semejante espectáculo me desanimó. Cogí el sombrero y, tras una caminata de seis kilómetros, llegué a casa de Heathcliff en el preciso instante en que comenzaban a caer los diminutos copos de un chubasco de aguanieve.

El suelo de aquellas solitarias alturas estaba cubierto de una capa de escarcha ennegrecida, y el viento estremecía de frío todos mis miembros. Al ver que mis esfuerzos para levantar la cadena que cerraba la puerta de la verja eran vanos salté por encima, avancé por el camino que bordeaban matas de grosellas y golpeé la puerta de la casa con los nudillos hasta que me dolieron. Se oía ladrar a los muy perros.

«Tan necia inhospitalidad merecía ser castigada con el aislamiento perpetuo de vuestros semejantes, ¡bellacos! —